



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

La niña del columpio

Ricardo Cabrera
Julio 09, de 2020

Roberto vio por enésima vez su reloj, sentado en la banca del parque esperaba a Maru. Ella, fiel a su costumbre llegaría lo suficientemente retrasada como para empezar con una disputa sobre la importancia de llegar a tiempo. Eso era tan común, que a Roberto le parecía era a propósito. Seguramente ella estaba probando -en forma algo retorcida-, su dedicación hacia ella.

Catorce, quince dieciséis... Harto de la espera comenzó a contar las hojas que caían del árbol frente a él, eso, era mejor que estar con la mente en blanco. Se enfrascó tanto en el arte de contar hojas, que no escuchó un primer grito, Roberto, seguía a lo suyo. Un segundo grito, más potente que el primero lo sacó de su marasmo haciendo que el sobresalto casi lo tirara de la banca de la cual ya se había convertido en único dueño.

Se levantó de un salto, con la agilidad de sus casi veinte años, tratando de ubicar el origen de los gritos, corrió en dirección a los setos que separaban los juegos infantiles de un camino de arena. Agitado, vio a una niña de unos ocho años, se balanceaba precariamente en un columpio. Su piernita se había quedado atorada entre el asiento y la cadena ocasionándole algún daño. Nadie más se acercó en su auxilio, a esa hora de la tarde, el parque solo era visitado por novios ocasionales que se escondían tras los arbustos para jurarse su amor. -como él y Maru-.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

Levantó a la niña de la mala posición en la cual se encontraba, lloraba a moco tendido, seguramente el dolor en su piernita era mucho. Teniéndola en vilo, desatascó el cuerpo de las garras del feroz columpio que parecía querer engullirla.

—Ya, ya paso ¿Estás bien? Entre hipos y pucheros, la niña se fue calmando

— ¿Cómo te llamas? Aun gimoteando contestó.

—Ceci. Esa fue su respuesta.

—Muy bien Ceci ¿Dónde está tu mamá? La niña levantó los hombros y los encogió en señal de no tener idea.

—Pero no puedes estar a qui sola, eres muy chiquita, ni siquiera un amigo que te pudiera ayudar.



—Tú me ayudaste. Su lógica era más fuerte que la retórica del aburrido joven. La depositó gentilmente en el suelo y la sacudió para liberarla del polvo del parque, vestía un diminuto short rojo y bajo ellos unas mallas amarillas que le daban un aspecto curioso, llevaba un par de colitas bastante coquetas. Roberto pensó que su

apariencia se asemejaba a la protagonista de *Monsters Inc.*

—Muy bien Ceci, parece que ya estás bien, dime ¿Viene alguien a buscarte? La niña movió la cabeza en forma negativa.

—Yo vengo aquí todos los días. Esta vez la respuesta con la cabeza fue afirmativa.

—¿Vives cerca de aquí? Nuevamente la respuesta fue con asentimiento de cabeza.

—Caray, no eres muy comunicativa que digamos. Maru debía estar al llegar, si no lo encontraba, estallaría en una escena, bien la conocía. Pero tampoco era



cosa de dejar abandonada a su suerte a la pequeña Ceci. Suspiró hondo y se agachó hasta su altura.

—Vamos, te acompañaré a tu casa, no debes andar sola, es peligroso, no toda la gente es buena, alguien podría hacerte daño, o llevarte. La niña lo veía con curiosidad, como sopesando si Roberto sería una persona de confiar.

—Tú me dices por donde ¿Sí? Las reticencias de la niña parecieron hacerse a un lado y caminó delante de él con paso decidido.

Roberto la siguió, volvió la mirada para ver si Maru estaba cerca, nada, cuando ella decía retraso, era en serio.

—¡Pues que espere ella! Decido, caminó junto a la niña, cualquiera que los viera, pensaría con seguridad que se trataba de un hermano mayor que regresaba del parque con su hermanita.

Caminaron un par de cuadras, y doblaron hacia una calle cerrada, el parque se perdió de vista y la niña aun no daba señales de reconocer alguna casa, como la suya. Llegaron hasta el final de la calle, había allí, una vivienda de un solo piso, se la veía un tanto descuidada, el suelo parecía un animal a medio despellejar, solo unos cuantos matojos casi secos se podían ver. La pintura de la casa necesitaba ser renovada, por cierto.

Tan pronto estuvieron frente a la vivienda marcada con el número once, la niña corrió en dirección a la parte trasera. Roberto, corrió tras de ella sin poder darle alcance. No se veía a





nadie, seguramente ya había entrado a la casa. De todas formas, era necesario asegurarse.

Se dirigió a la entrada y tocó el timbre, no escuchó la campana en el interior que indicara que estuviera en uso.

—Pues a la antigua. Abrió la puerta de mosquitero y tocó con fuerza sobre la puerta de madera, pintada con un dudoso color blanco. Nadie respondió al llamado. Intentó una segunda ocasión. Esta vez le pareció escuchar ruidos provenientes del interior. Escuchó que alguien quitaba el cerrojo.



Un hombre de mediana edad abrió la puerta, de aspecto un tanto desaliñado le pregunto un tanto malhumorado.

—Buenas tardes, soy Roberto, encontré a Ceci en el parque, se cayó de un columpio, ella está bien, la he acompañado hasta aquí, pero entro a su casa por la parte de atrás.

La actitud del hombre cambio, y apareció una media sonrisa en su cara.

—Muchas gracias, todos los días se escapa para ir al parque, yo no puedo salir

para llevarla, ella se siente sola y yo, pues hago lo que puedo. Le agradezco haberla traído, Cecilia entra por la puerta de la cocina, la dejo abierta para cuando ella regresa.

—Pues, yo pienso que no debería andar solita. Es una niña encantadora, aunque no hable mucho. Roberto se sentía inquieto sin saber el porqué, en fin, él había cumplido con su deber, era tiempo ya de regresar al parque, Maru ya debía estar allí.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—Roberto le extendió la mano al hombre cuya figura se recortaba tras la tela de mosquitero, no hubo respuesta al saludo y el joven se quedó con la mano en el aire.

—Como sea, espero estén bien. El papá de Ceci cerró la puerta sin más preámbulo. Roberto se retiró con una zozobra tal que le incomodaba.

Llegó hasta el parque y de inmediato se dirigió hacia la banca que ocupara cuando se dio el incidente. En efecto, Maru ya estaba allí. Ocupando el lugar que antes ocupara él.

—¡No lo puedo creer!, para eso me haces venir, ¡llevó horas esperándote y te apareces tan campante! ¡eres un desconsiderado! Esta mujer es genial, pensó para sus adentros.

—Maru, Maru, escúchame, tuve que acompañar a una niña en problemas. La sorpresa se pintó en la cara de su novia.

Roberto le contó al detalle lo que acaba de ocurrir, y por supuesto que había tenido que ausentarse para poder llevarla a su casa. No le parecía que la niña estuviera sola, eso le seguía molestando.

A Roberto, de por sí le molestaba esperar en el parque, pero Maru le había prohibido terminantemente que se acercara a su casa, sus hermanos eran un tanto cavernícolas y temía le hicieran daño a su novio. La pobre chica tenía que buscar mil y un pretexto para acudir a las citas con su novio. Por eso, Roberto siempre disculpaba sus demoras.

—Oye, te puedo pedir algo. Maru, sonrió con picardía, cerró los ojos y entornó sus labios en respuesta. Roberto sonrió divertido, pero ni tardo ni perezoso, correspondió al beso.

—No, no era eso, aunque; por supuesto lo disfrute. Podemos llegar hasta la casa de Ceci, me preocupa un poco. Con un gesto de: Está bien, ¿ya qué? emprendieron una nueva caminata por el camino antes recorrido con la niña.



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial

—Allí es, mira esa es la casa, vamos a acercarnos un poco. Maru lo vio con extrañeza.

—¿Estás seguro que esa es la casa? volvió a preguntarle.

—Sí, se acercaron a la puerta, abrimos el mosquitero y tocó como la primera vez. Nadie salió, La operación se repitió en varias ocasiones, nada, el llamado no tuvo respuesta.

—Roberto, esta casa está sola, tiene muchos años así, desde que yo era muy niña. Lo dicho por Maru dejó frío al joven.

—¿Qué dices? Un hombre me abrió la puerta hace un rato y...


—¿Cómo era él?

—Alto, desaliñado, flaco, con el cabello alborotado, no sé... Un tipo normal.

—Corresponde a la descripción del padre de Ceci, ¡vámonos de aquí! ¡por favor! Ellos ya no viven aquí. La cara de extrañeza de Roberto demandaba una respuesta.

—El padre de Ceci murió hace muchos años, yo tenía como ocho, cuando dijiste que se trataba de Ceci, no lo relacioné de inmediato. El señor se deprimió por la muerte de su esposa, y descuido a la niña, ella le tenía miedo y para evitar estar con él se iba al parque y esperaba hasta que su papá se quedaría dormido para poder regresar.

—El señor se cortó las venas y nadie sabe que pasó con Cecilia. Desde entonces la casa se encuentra cerrada. Lo que estás diciendo no pudo ocurrir.

Roberto sintió que la sangre se convertía en hielo en sus venas, la casa le parecía ahora terrible, jamás podría deshacerse de la imagen de la niña a quien había auxiliado. Solo deseaba salir de allí tan rápido como fuera posible. 



Ricardo Cabrera
Sitio Oficial